

rompido la naturaleza humana; era útil y favorable á los progresos ulteriores de los pueblos; pero ha abandonado al hombre á sí mismo, á su propia direccion, le ha obligado á contar en adelante en sus propias fuerzas y á realizar su destino con el sudor de su frente. Habia llegado el momento en que los hombres, adquiriendo gradualmente la conciencia y el sentimiento de sí mismos, de su valor individual, de su actividad voluntaria, de su puesto y de su papel en el conjunto de las cosas, debian desatar los lazos que los unian á Dios, á la Naturaleza y al mundo moral. Desde entónces comienza la era del *mal*, de la duda, de la pasion, de la lucha, consecuencias naturales del orgullo ó de la exaltacion del yo, principio de todos los horrores y de todas las sublimidades de la historia, origen del homicidio, de la guerra y de la esclavitud, por un lado, condicion de la libertad, de la victoria y del heroismo, por otro. Los conocimientos preciosos que los hombres habian adquirido en su primer estado se conservaron y se desarrollaron en las *castas* superiores y en los *misterios*, de donde se extendieron poco á poco á las otras clases de la sociedad por medio de las artes, las letras y la poesia. El templo fué el santuario de la ciencia. El sacerdocio en aquellos tiempos remotos ejerció una inmensa y saludable influencia sobre la civilizacion, guardando intactas las grandes nociones de Dios y de la Humanidad, como lo prueba el ejemplo de Moisés, iniciado en la doctrina de los sacerdotes del Egipto; pero al fin sacrificándose al interés de su propia dominacion, quiso, en medio del simbolismo y de la escritura geroglífica, guardar el secreto de su superioridad. Entónces fué cuando la enseñanza exotérica y profana de la *filosofía* reemplazó á la enseñanza exotérica y sagrada de las castas sacerdotales. Alguna vez la filosofia se hace religion á su vez para destruir el espíritu de casta. Apesar de estas tentativas generosas, las sanas nociones se perdieron cada vez más en el espíritu de las masas. En el seno de esta decadencia, los pueblos acosados por la guerra ó conducidos por un impulso secreto, rompieron toda relacion con la madre patria, se dispersaron sobre la superficie del globo y cayeron en la barbarie esperando la hora de la regeneracion. La historia desde sus orígenes hasta nuestros dias es el cuadro dramático de la vida de la Humanidad durante la segunda edad: drama doloroso, porque se vé allí el mal en todas sus fases, pero tambien drama fortificante, cuando se sabe observar en él la marcha triunfal de la humanidad hácia el cumplimiento de sus gloriosos desti-

nos. El hombre puede abandonar á Dios, pero Dios no abandona al hombre.

Se pueden distinguir tres períodos en la *segunda edad*, en la edad de la variedad ó de la oposicion, que comprende el *crecimiento* de la Humanidad desde la dispersion de los pueblos hasta la madurez futura. Estos tres períodos corresponden á la *infancia*, á la *adolescencia* y á la *juventud* en la vida individual. El primero se extiende á toda la antigüedad oriental, griega y romana; el segundo comienza para el Occidente en Jesús y acaba en el Renacimiento; el tercero comprende los tiempos modernos y no debe terminarse ántes de algunos siglos. El movimiento de la Humanidad se acelera cada vez más, gracias á la difusion creciente de las luces; pero muchas necesidades deben aun satisfacerse, muchas naciones deben volver á la vida para que se pueda esperar una realizacion muy próxima de la armonía sobre la tierra. Durante el primer período, la diversidad de elementos de la naturaleza humana se asienta en todas sus manifestaciones; durante el segundo, todas estas manifestaciones se refieren á la voluntad soberana de Dios, como Sér Supremo y como Providencia; durante el tercero, en fin, los dos primeros puntos de vista se combinan: las diversas manifestaciones de la naturaleza humana son á la vez reconocidas en sí mismas, en su valor propio, y vueltas á Dios, como causa y razon de todo lo que es. Augusto Comte caracteriza de otra suerte estos tres períodos, aplicándoles la «ley de los tres estados» de nuestros conocimientos: la antigüedad expresa el estado teológico: la Edad media, el estado metafísico; los tiempos modernos, el estado positivo. Esta aplicacion, que afirma con la historia y que debe abrazar toda la vida de la Humanidad, no está justificada por ninguna concepcion de las leyes de la vida.

La *antigüedad* representa la *infancia* de la Humanidad: es el primer período de la edad segunda. La mision de la antigüedad no es solamente preparar el cristianismo, sino ante todo desplegar gradualmente todos los fines de la actividad humana, y realizar cada uno de ellos aisladamente, en sí mismo, abstraccion hecha de sus relaciones con los otros, sin consideracion á su rango en el conjunto del destino social. Esta gran época que comprende al Oriente, Grecia y Roma nos ofrece un espécimen interesante de todas las partes de la Naturaleza humana, pero estas partes son cultivadas separadamente y quedan independientes unas de otras; unidas y combi-

nadas entre sí, serian un cuadro completo de la vida humana. La antigüedad es la division del trabajo en mayor escala, es el fraccionamiento del destino del hombre. Todos los pueblos antiguos están aislados unos de otros y viven bajo la ley de la guerra y de la conquista. Nada de derecho internacional. La fuerza reemplaza al derecho. El vencido está á merced del vencedor y debe creerse dichoso de ser reducido á esclavo. Entre los Estados unos son teocráticos y consagran una nueva division estereotipada en la institucion de las castas; otros son militares, comerciantes, agricultores ó industriales. El pequeño pueblo griego se consagra á la cultura de las artes, de las letras y de las ciencias; la nacion romana á la cultura del derecho y de la administracion. A cada uno su suerte, y cada uno á su vez, en tiempo y lugar. Este desenvolvimiento es espontáneo y sale lógicamente de las profundidades de la Naturaleza humana; pero cuando se vé en él la continuacion y cuando se pesan los resultados, se descubre sin esfuerzo la ejecucion de un plan general. No hay en el conjunto de los hechos de la historia ni casualidad, ni fatalidad, sino una evolucion regular, conforme á las leyes de la vida. Estas leyes son divinas, sólo su realizacion está abandonada á las fuerzas humanas.

La religion popular de todo este periodo es el *politeísmo*, que es de nuevo el fraccionamiento de Dios ó la dispersion indefinida de todos los atributos comprendidos en la esencia infinita. El conocimiento de Dios se borraba cada vez más de la memoria de los hombres. Sólo el pueblo judío, bajo la disciplina severa de Moisés, conservaba la verdadera creencia monoteista, y debia trasmitirla á las naciones futuras, que la barbárie habia preservado de la corrupcion moral.—Subsiste aun hoy dia un ejemplar de este primer periodo de la historia; es la India brahmánica, que el budhismo y la conquista no han logrado vencer (1).

La *Edad media* representa la *adolescencia* de la humanidad, edad intermediaria entre la infancia y la juventud. Este período comienza más pronto en Oriente que en Occidente, á causa de la superioridad de cultura adquirida por algunas razas orientales, pero termina más pronto en Occidente que en Oriente, por consecuencia del desenvolvimiento más rápido de las razas occidentales. La re-

(1) J. J. Altmeyer, *Cours de philosophie de l'histoire*, 1840.

ligion dominante es el *monoteísmo*, que nace en la antigüedad, pero que no se organiza hasta la Edad media. La humanidad decaída se levanta, vuelve á hallar lo divino y se une íntimamente á Dios. El paganismo, que no conocia esta union de la personalidad humana con la personalidad divina, merece apénas el título de religion. Dios es ahora concebido como *Sér Supremo*, sobre y fuera del mundo material; es una inteligencia perfecta, que lo sabe todo y lo prevé todo; es una caridad adorable que provee á todo en el presente y en lo venidero; es una voluntad omnipotente que crea todo y dispone todo á su gusto. El universo, que era todo para los antiguos, no es sino nada y polvo delante de Dios; la Naturaleza se borra delante del Espíritu: es menester amar á Dios con toda el alma y renunciar á todo lo demás; es menester *crear* en Dios, porque Dios es lo *sobrenatural*, lo trascendente, lo inaccesible, que tiene la suerte de los mortales en sus manos formidables, como Soberano árbitro de los destinos del mundo; es menester, en fin, imitar á Dios en la vida. Tres grandes religiones con matices y fortunas diversas expresan en la Edad media esta conviccion comun: el *budhismo*, el *cristianismo* y el *mahometismo*, herederos de las tradiciones contemplativas y sintéticas del Oriente, de las tradiciones analíticas y progresivas de la Grecia y de las tradiciones positivistas y conquistadoras de Roma. Los tres cultos revelados son, segun el espíritu general de esta época, las religiones de *sacrificio*, de santificacion y de reconciliacion con Dios: puesto que el orden material del mundo está subordinado á la voluntad del Espíritu omnipotente, el individuo debe hacer el sacrificio de su cuerpo, de sus goces y de sus bienes para obtener la gracia y la asistencia de Dios; debe santificarse por la oracion y por las obras siguiendo fielmente la ley de Dios; á este precio puede esperar su salvacion y participar despues de la muerte la felicidad eterna. De ahí el ascetismo, el misticismo, el fanatismo, defectos inherentes á las doctrinas exclusivamente trascendentes y reveladas, donde toda autoridad descansa en la palabra de Dios, interpretada por los Ministros del culto.

La sociedad organizada segun estos principios es el *feudalismo*. Los pueblos unidos entre sí por una misma creencia no están aislados como en la antigüedad, tienen intereses comunes y tienden á agruparse en una unidad más elevada como miembros de un mismo cuerpo. No es el derecho, sino la *fé* quien les une; de ahí las guerras de religion, en que el Occidente se liga contra el Oriente, en

que el cristianismo combate con el Islam, y éste con el mazdeísmo y el brahmanismo. En cada pueblo el elemento religioso predomina sobre el elemento civil y político, según el espíritu de la época: el uno se vacía en la *Iglesia*, el otro en el *Estado*: el Estado es absorbido por la Iglesia. En los musulmanes el poder temporal y el poder espiritual se confunden en la persona del califa, en provecho del despotismo; en Europa los dos poderes se separan y se combaten en provecho de la libertad: es la lucha del Papado y del Imperio. El sacerdocio no forma una casta, sino una clase, que toma por misión educar é instruir á los legos: la enseñanza se hace exotérica, aunque la Iglesia conserva una lengua oficial y sagrada, distinta de la lengua vulgar. La ciencia, el arte y todas las manifestaciones de la vida moral dependen de la teología. Mientras que el arte clásico cultivaba lo bello en sí mismo y por sí mismo, el arte romántico ó cristiano, como arquitectura, escultura ó pintura, como música ó poesía, es la fiel expresión de un sentimiento religioso: la elevación mística del espíritu se comunica al corazón. Toda la actividad del hombre está marcada con el sello del *dogma*, porque todos los objetos de la vida se refieren al Sér Supremo y no se comprenden más que en vista de un destino futuro, que es la visión beatífica ó la perfecta unión del alma con Dios. Este es el sello particular de la sociedad en la Edad media; á pesar de la anarquía que reina aún en la vida pública, á pesar de los crímenes suscitados por la intolerancia, esta época tiene su unidad y su superioridad relativas. La unidad consiste en la irradiación de todas las fuerzas morales hácia un mismo centro, hácia Dios, y el progreso se halla en el carácter religioso de la civilización. La Edad media es la escuela de las generaciones modernas. Así el régimen de castas y el patriciado son definitivamente condenados en Oriente como en Occidente: cuando los hombres tienen un mismo origen y un mismo fin, cuando son iguales delante de Dios y sometidos á la dirección de la Providencia, ¿cómo podrían sufrir las trabas y la tiranía del Estado? Este es el origen más profundo de la libertad del alma que el Evangelio ha enseñado á los hombres. Jamás los ciudadanos de las repúblicas antiguas habían rechazado la libertad hasta decir á la sociedad: *non possumus*. Además la esclavitud desaparecía gradualmente y daba lugar á la servidumbre.

En cuanto á la forma social, la Iglesia, servida por las circunstancias, se constituye poco á poco en una *monarquía* poderosamente

te centralizada. Las sociedades civil y política tienden al mismo fin, pero no lo consiguen aún en Europa: es una sabia, pero débil *gerarquía* de clases, con algunas intermediarias entre el señor y el último vasallo. En todo caso la autoridad viene de arriba. El sueño de los grandes Papas era subordinar la autoridad de los Príncipes á su propia autoridad espiritual; este sueño estaba en la situación, acababa la centralización, y relacionaba la más humilde criatura á Dios por una serie de grados; pero presentaba todos los peligros de una teocracia oriental, confiriendo al Papa como representante de Dios en la tierra una autoridad sin límites. El sentimiento de la libertad impidió la ejecución de este plan. La sociedad tiene, pues, dos centros y dos poderes independientes uno de otro, la Iglesia y el Estado, como el universo tiene dos principios exteriores uno á otro, Dios y la materia. Este *dualismo* demuestra que la humanidad en la Edad media no tiene aún conciencia de un verdadero sistema, de una organización en que las partes estén directamente ligadas entre sí y cada una al todo. La sociedad no está organizada, sino gerarquizada sobre una doble base. El Estado es una agregación de individuos de condiciones diferentes, sin relación entre sí, pero sometidos á una dirección superior; como la Naturaleza es una reunión de cuerpos de diversos órdenes sometidos al impulso de Dios. Del mismo modo que el adolescente tiene necesidad de un *mediador* para comunicar con el Sér Supremo en la sociedad religiosa, le falta un mediador para entrar en relación con el Príncipe y para hacer valer sus derechos en la sociedad civil.

El *Renacimiento* y los tiempos modernos representan la *juventud* de la humanidad, precursora de la edad madura. Es un período de renovación y de luz después de la sombría y misteriosa Edad media, en que el hombre se apartaba de la familia, de la sociedad y de la naturaleza para alcanzar la perfección del espíritu. Las tinieblas se disipan como por encanto, el cielo se ilumina, el sentido de la vida se revela, se vé con placer que los goces de la *familia* no son tan culpables, que la *sociedad* no es tan perversa, que la *naturaleza* no es tan abominable como se decía en los monasterios, y se vuelve á amar el *mundo* como una obra digna de Dios. La astronomía descubre que la tierra es un planeta, que las estrellas son soles, y anuncia que el universo es infinito como el espacio, como el tiempo. ¡Qué maravillas, qué entusiasmo, qué mudanza en los espíritus y en los corazones! Se contempla la naturaleza en sí misma, en vez

de estudiarla en Aristóteles; se observa todo, los astros, los cuerpos organizados, las fuerzas de la materia, los mismos cadáveres, y en todas partes se hallan de nuevo asuntos de entusiasmo y admiración. ¿Qué revolución en todas las ciencias! El milagro y lo sobrenatural se alejan á medida que la inteligencia penetra mejor las leyes del mundo. Nada de astrología, nada de alquimia, nada de magia, nada de nigromancia, sino hechos! Los demonios, los espectros, las causas ocultas se desvanecen á la claridad del día; no es Satán, es Dios quien está en la naturaleza. El arte se anima y se transforma á su vez. ¿Atrás esas figuras descoloridas y descarnadas que hacen injuria al Creador! La belleza es el brillo de la vida, es un alma sana en un cuerpo sano. Los antiguos habian comprendido bien lo ideal, porque cultivaban el arte en sí mismo y le dejaban su independencia: sigamos el ejemplo de los antiguos. Pero si la Naturaleza es tan bella y el arte tan radiante, si la tierra es un paraíso y no un valle de lágrimas, ¿conviene continuar aún estas prácticas de maceración y de sacrificio de sí mismo? La vida actual ¿debe ser el estudio de la muerte, ó tiene su valor y su dignidad? Sí; la vida tiene su encanto y merece que se la estime; porque Dios es bueno y no impone inútiles sacrificios. Tales son los cantos de alegría que brillan en todas partes en el Renacimiento: es casi una resurrección de la humanidad.

¿Qué significa este giro en las opiniones, en los sentimientos y en las costumbres? ¿Es un progreso ó un retroceso? ¿Es menester ver en él la voluntad de Dios, ó una astucia del enemigo del género humano? No se sabe. Las conciencias se perturban, porque faltaba entonces toda medida de apreciación. Unos colocan lo ideal hácia adelante, otros hácia atrás. Se forman dos partidos que atraviesan bajo diversos nombres todos los tiempos modernos y no deben cesar sus discordias más que en el umbral de la futura edad de la armonía. El uno es el partido de acción, el *partido liberal* y progresivo; el otro, el partido de la reacción, el *partido conservador* y tradicional. Este está organizado con inmensos recursos morales y materiales por la *Sociedad de Jesús*; aquel halla su apoyo en las *lógias masónicas*, en la filosofía, en el espíritu público. La lucha es formidable y largo tiempo indecisa. Los jesuitas estiman que todos los medios son buenos para atender al fin, es decir, para sostener el papado y restaurar la Edad media: corrompen la religión y la hacen degenerar en superstición; pervierten la moralidad por sus máximas sobre

las restricciones mentales, sobre la dirección de intención, sobre el probabilismo; se captan la confianza de los Gobiernos católicos y hacen decretar las medidas más violentas; explotan la credulidad pública; pero sublevan las almas honradas, y acaban por comprometer la causa del catolicismo y del trono. En todas partes donde se instalan, llegan á ser instrumentos de turbación y de revoluciones. Es que marchan contra la corriente del siglo; es que nada puede detener el cumplimiento de las leyes de la vida; es que la civilización moderna, en fin, es legítima y conforme á los ojos de Dios. ¡Lección instructiva legada á los hombres de Estado por la filosofía de la historia! ¿Qué es esto sino una revolución? La sublevación de la opinión pública contra un poder inepto que cierra el paso al progreso. Dejad á la vida su libre curso; si no, pensad que la acción será igual á la reacción, que la explosión será tanto más formidable cuanto la compresión haya sido más larga y fuerte.

Según las leyes de la vida, el Renacimiento es en efecto un paso hácia adelante. Este progreso consiste en *combinar* los principios de los dos períodos precedentes, en unir el espíritu de la antigüedad al espíritu de la Edad media, en completar la *originalidad* de cada manifestación de la vida, considerada en sí mismo, con su *religiosidad* ó su unión directa con Dios. Desenvolver desde luego cada órgano de la vida individual y social en sí mismo y para sí mismo, como en la antigüedad, de manera que se agote la variedad de los elementos de la Naturaleza humana y se obtenga una realización cada vez más perfecta y simultánea de todas las partes de nuestro destino, unir después cada parte á su principio inmediato, al Sér Supremo, como en la Edad media, solicitando ya algunas de las relaciones de las partes entre sí, tal es el carácter complejo y fundamental de la civilización moderna. Este es evidentemente el último problema por resolver para acabar la edad de crecimiento de la Humanidad y preparar la armonía de lo venidero. El problema futuro será desenvolver la noción de Dios como sér uno y entero y deducir de él todo el conjunto de las relaciones que ligan entre sí los órganos del cuerpo social. De esta manera la construcción orgánica de la sociedad será completa, y el ideal de la vida terrestre será alcanzado en los límites de lo posible.

Puesto que la vida moderna desde el Renacimiento es la *síntesis* de la antigüedad y de la Edad media, conviene distinguir en ella dos partes. La primera consiste en estudiar cada fin parcial del hom-

bre en sí mismo, teniendo en cuenta las necesidades de la época. A este efecto, se debía comenzar por deshacer la obra de la Edad media, debíase separar de la religion oficial todas las ramas de la actividad humana, que habian florecido bajo su tutela, y cuyo vuelo detenia ahora; debíase, en fin, asegurar la independenciam de cada órgano de la vida, *secularizarle*. Este trabajo de emancipacion social debia partir del *Estado*, á fin de que el movimiento pudiese operarse bajo la proteccion del poder público. Por eso la preponderancia pasa de la Iglesia al Estado; pero el Estado no la guardará; quedará solamente, como órgano del derecho, defensor del orden y dispensador de las vías y medios para el cumplimiento del destino de todos. En materia de creencias el Estado no es ateo, es *neutro*: secularizar no es difundir la impiedad, sino neutralizar las instituciones, hacerlas accesibles á todas las opiniones religiosas. La *ciencia* se liga desde luego con el Estado, para combatir la escolástica; despues proclama su independenciam y sirve á su vez de punto de apoyo á la trasformacion social. El Estado tenia necesidad de la ciencia, como la ciencia tenia necesidad del Estado, para escapar á las ligaduras del papado. Desde fines de la Edad media, Occam, el franciscano nominalista, tenia el sentimiento profundo de esta solidaridad, cuando decia al emperador Luis de Baviera: «Tú me defendes gladio, ego te defendam calamo.» Es que entónces era necesario sostener el Estado contra las tendencias invasoras de los Gregorios Inocentes y Bonifacios; pero la ciencia no faltará tampoco á su mision cuando el Estado por exceso de centralizacion quiera á su vez invadir el dominio de los demás fines de la vida. La religion se seculariza en la *Reforma* protestante y llega á ser un simple órgano de la vida social, coordinado á los demás, sometido á la ley comun, teniendo los mismos derechos y los mismos deberes que todos los cuerpos públicos enfrente del Estado. El arte y la industria, la educacion y la *instruccion* siguen cada una á su tiempo el mismo camino: todo se libra de los vínculos de la Iglesia. No obstante, la secularizacion no está acabada en nuestros dias. Hay aun sociedades católicas, hostiles al progreso, en las cuales apenas han penetrado las ideas modernas. Otras han sacudido el yugo de la tradicion desde ayer y marchan resueltamente hácia adelante. Toda esta fase de la civilizacion de nuestra época, en que cada órgano de la sociedad tiende á contituirse libremente sobre su propia base, recuerda el espíritu de la antigüedad pagana; pero hay cierta diferencia en-

tre los dos períodos en que, por un lado, elementos variados de la Naturaleza humana se cultivan aislada y exclusivamente, ya en el régimen de castas, ya en las regiones lejanas, miéntras que por otro, se cultivan simultáneamente en cada comarca bajo la inspiracion de las vocaciones individuales. La vida social ha adquirido por esto una abundancia y un desenvolvimiento desconocidos de los antiguos. Esta diferencia no es la única.

La segunda parte del destino de los tiempos modernos consiste en referir directamente cada manifestacion de la vida á su *principio absoluto*, de donde resultan despues nuevas relaciones entre estas manifestaciones. La investigacion de los principios llega á ser una preocupacion constante del espíritu á partir del Renacimiento. En la Edad media se referia á la voluntad divina, conocida por la revelacion, interpretada por la Iglesia: este argumento respondia á todo, pero no esplicaba nada. ¿Cuál es el principio del mundo, el principio de la ciencia y del arte, el principio del Estado, de la moral y de la industria? La ciencia, despues de haber ensayado muchas hipótesis, afirma que el principio de todas las cosas es Dios. Está de acuerdo en este punto con la conciencia popular, y le sirve de intérprete. De aquí la influencia decisiva de la ciencia en nuestra época y el carácter religioso que conserva la vida moderna, aunque sea dirigida en parte contra la teología de la Edad media. La nocion de Dios como Sér Supremo, como soberano árbitro de la suerte del hombre, queda el principio dominante de toda actividad; pero las nociones de esta nocion se ensanchan, se purifican, se despojan de la alianza impura del fanatismo y de las preocupaciones de la tradicion. La fé ciega se retira cada vez mas delante la razon, y los misterios de las revelaciones históricas delante de las luces directas del Espíritu y de la Naturaleza. Dios es el principio de la ciencia y del arte, como de la religion; es la *causa inmediata* de cada individuo, como la causa del mundo. De donde resulta que la religion no es superior, sino igual á la ciencia y al arte, como espresiones de la misma esencia: basta de *gerarquía* entre los órganos del cuerpo social, basta de poder espiritual superior al poder temporal; *coordinacion* de las funciones públicas bajo la proteccion de la ley. De donde resulta todavía que todos los individuos que descienden directamente de la misma causa, deben ser considerados y tratados como iguales: basta de *intermediarios* entre el hombre y Dios, basta de distincion de órdenes, basta de privilegios, *igualdad* completa. Cada uno es sacerdo-